metía miedo, y varias veces lo había dicho así delante de Quasimodo: una mañana (porque todas esas cosas se efectuaban durante la noche), ya no la vió: la escultura estaba hecha pedazos. El que había trepado hasta aquel punto, mucho debió exponer su vida.

A veces durante la noche oía una voz oculta bajo el alero del campanario, cantar como para adormecerla una canción triste y extraña, unos versos sin medida, como puede hacerlos un sordo.

No mires el rostro niña,
Mira sólo el corazón.

El corazón de un joven hermoso es con frecuencia disforme.

Hay corazones donde no se conserva el amor.

Niña, el pino no es hermoso,
No es hermoso como el álamo;
Pero conserva su hoja en invierno.
Pero ah! para qué te lo digo?
Lo que no es bello hace mal en vivir
La belleza sólo ama á la belleza,
Abril vuelve la espalda á enero.
La hermosura es perfecta,
La hermosura lo puede todo.

La hermosura es la única cosa que no existe á medias.

El cuervo no vuela más que de día,
El buho no vuela más que de noche,
El cisne vuela de noche y de día.

Una mañana, vió al despertarse dos vasos llenos de

flores en su ventana; uno era un vaso de cristal, hermoso y brillante, pero rajado: habíasele salido el agua que contenía, y sus flores estaban marchitas. El otro era un jarro de arcilla, basto y ordinario, pero que había conservado toda su agua, y cuyas flores estaban frescas y lozanas.

No sé si lo hizo con intención; pero la Esmeralda cogió el ramillete marchito y lo llevó todo el día junto al pecho.

Aquel día no oyó cantar la voz de la torre.

No hizo gran caso de ello: pasaba los días la Esmeralda acariciando á Djali, espiando la puerta de la casa Gondelaurier, pensando en Febo, y desmigajando pan á las golondrinas.

Llegó á dejar enteramente de ver y de oir á Quasimodo; el pobre campanero parecía haber desaparecido de la iglesia. Una noche sin embargo, como no dormía y pensaba continuamente en su gallardo capitán, oyó suspirar junto á su celda; levantóse sobresaltada, y vió á la luz de la luna una masa informe tendida de través delante de su puerta. Era Quasimodo que dormía sobre las piedras.

V

La llave de la puerta encarnada

La fama entre tanto había hecho saber al arcediano de qué modo milagroso se había salvado la gitana, y cuando recibió esta noticia no supo lo que pasaba en él. Habíase ya acostumbrado á la muerte de la Esmeralda; de este modo hallábase ya en paz, porque había tocado el fondo del dolor posible. El corazón humano (don Claudio había meditado sobre estas cosas) no puede contener más que una cierta cantidad de

desesperación: una vez bien empapada la esponja, el mar puede pasar por encima de ella sin añadirla una gota más.

Y una vez muerta la Esmeralda, la esponja estaba empapada, todo estaba acabado para don Claudio sobre la tierra. Pero saber que vivía ella y Febo también, era volver á empezar los tormentos, las sacudidas violentas, las alternativas, la vida. Y Claudio estaba harto de todo esto.

Cuando supo esta nueva, encerróse en su celda del claustro, y no volvió á presentarse ni en las conferencias capitulares, ni en los oficios: cerró su puerta á todos, aun al obispo. De esta suerte estuvo encerrado muchas semanas; todos le creyeron enfermo: lo estaba en efecto.

Qué hacía así encerrado? bajo qué amargos pensamientos consumía su existencia el infeliz! Luchaba por última vez contra su funesta pasión? Combinaba un último plan de muerte para ella, y de perdición para él?

Su Juan, su hermano querido, su niño mimado fué una vez á su puerta, llamó, juró, suplicó, dijo su nombre diez veces,—Claudio no abrió.

Pasaba días enteros pegado el rostro á los vidrios de su ventana. Desde esta ventana, situada en el claustro, veía la celdilla de la Esmeralda, y tal vez á ella también con su cabra y á veces con Quasimodo. Observaba las atenciones del horrible sordo, sus obediencias, sus modales delicados y sumisos con la gitana. Acordábase, porque tenía buena memoria, y la memoria es el tormento de los celosos, acordábase de la mirada extraña del campanero sobre la bailarina en cierta tarde. Preguntábase por qué motivo podía haberla salvado Quasimodo. Fué testigo de mil escenas entre la gitana y el sordo, cuya pantomima, vista de lejos, y comentada por su pasión, le pareció muy tierna: desconfiaba de la singularidad de las mujeres y entonces

—¿Qué es esto?—dijo el arcediano, al sentir la férrea mano de Quasimodo.

sintió despertarse en él confusamente unos celos á que nunca se había esperado, unos celos que le hacían morir de vergüenza y de indignación.—Pase por el capitán, decía, pero ese!... Esta idea le volvía loco.

Sus noches eran horribles. Desde que supo que vivía la gitana, las frías ideas de espectro y de tumba que le habían perseguido un día entero se fueron desvaneciendo, y de nuevo volvió á punzarle la carne. Revolcábase el miserable en su cama pensando en que estaba tan cerca de él la morena virgen.

Todas las noches, presentábale su imaginación delirante á la Esmeralda en aquellas actitudes que más habían hecho hervir sus venas. Veíala desnuda por las ásperas manos de los sayones, dejando poner á descubierto y encajonar en el borceguí con tornillos de hierro, su pie pequeño, su pierna fina y redonda, su agil y blanca rodilla: veía aun aquella rodilla de marfil que era lo único que quedaba fuera de la horrible máquina de Torterue. Figurábase en fin á la niña, en camisa, con la cuerda al cuello, con la espalda desnuda, los pies desnudos, casi desnuda, como la vió el último día. Estas imágenes de deleite hacían crisparse sus manos y correr un profundo estremecimiento por todas sus vértebras.

Una noche, entre otras, tan cruelmente encendieron en sus arterias estas imágenes su sangre de virgen y de sacerdote, que mordió su almohada, echóse fuera de la cama, púsose una sobrepelliz sobre la camisa, y salió de su celda, con la lámpara en la mano, medio desnudo, delirante, echando fuego por los ojos.

Sabía muy bien donde hallar la llave de la puerta encarnada que comunicaba del claustro á la iglesia, y siempre llevaba consigo, como ya hemos dicho, una llave de las escaleras de las torres.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VI

Continuación de la llave de la puerta encarnada

Aquella noche se había dormido la Esmeralda en su celda, llena de olvido, de esperanza y de dulces pensamientos. Dormía hacía ya largo rato, soñando como siempre con Febo, cuandó la pareció oir ruido cerca de ella: tenía un sueño ligero é inquieto, un sueño de pájaro: cualquier cosa la despertaba. Abrió los ojos; la noche estaba obscura; pero vió en la ventana un rostro que la miraba, una lámpara iluminaba aquella aparición. En el momento en que vió que le miraba la Esmeralda, aquel rostro dió un soplo á la luz; pero tuvo tiempo la gitana para entreverle, y sus párpados se cerraron de terror:—Oh!—dijo con voz apenas articulada,—el sacerdote!

Todo su infortunio penetró entonces en ella como un relámpago: la infeliz cayó sobre su lecho helada.

Un momento después sintió que la tocaban á lo largo del cuerpo, lo cual la hizo estremecerse tanto que se incorporó del todo vuelta en sí y furiosa.

El sacerdote acababa de deslizarse junto á ella, y la ceñía con ambos brazos.

Quiso gritar, y no pudo.

—Vete, monstruo! vete, asesino!—dijo con voz trémula y sorda á fuerza de cólera y de espanto.

—Compasión! compasión!—murmuró el sacerdote, besándola en sus espaldas.

Cogióle ella su cabeza calva con ambas manos por los pocos cabellos que le quedaban y forcejeó para huir de sus besos como si fuesen mordeduras.

—Compasión!—repetía el desdichado.—Si supieras

lo que es mi amor! es fuego, plomo derretido, mil cuchillos en mi corazón!

Y la sujetó los dos brazos con una fuerza sobrehumana. Y entonces ella desesperada: —Suéltame,—le dijo,—ó te escupo en la cara.

Él la soltó.—Enviléceme, pégame, sé cruel! haz lo que quieras! Pero ten compasión de mí! ámame!

Pególe ella entonces con un furor de niño, y crispaba sus hermosos dedos para desgarrarle la cara:—Vete, demonio!

—Amame, ámame! piedad!—gritaba el pobre sacerdote, respondiendo á sus golpes con caricias.

De pronto sintióse más fuerte que ella:—Es menester acabar de una vez!—dijo el arcediano rechinando los dientes.

Estaba ya la gitana postrada, palpitante, entre sus brazos, á su discreción. Hizo entonces un postrer esfuerzo y empezó á gritar:—Socorro! á mí! un vampiro! un vampiro!

Nadie venía: sólo Djali, que se había despertado, balaba con angustia.

—Calla!—dijo el sacerdote.

Entonces, forcejeando la gitana para alejarle de sí, halló en el suelo una cosa fría y metálica; aquello era el silbato de Quasimodo. Cogióle con una convulsión de esperanza, llególe á sus labios, y silbó con él con toda la fuerza que la quedaba; el silbato expidió un sonido claro, agudo, penetrante.

—Qué es eso?—dijo el sacerdote.

Casi en el mismo instante, sintióse levantar en alto por un brazo vigoroso; la celda estaba obscurísima, de modo que no pudo distinguir quién era el recién venido; pero oyó dos hileras de dientes que se entrechocaban con rabia, y había precisamente bastante luz esparcida entre la sombra para que viese brillar sobre su cabeza la ancha hoja de un cuchillo.

Creyó el sacerdote entrever la forma de Quasimodo, y supuso que en efecto no podía ser otro más que él: acordóse además haber tropezado al entrar, en una masa que estaba tendida al través de la puerta por fuera. Sin embargo, como el recién llegado no profería una sola palabra, no sabía qué imaginar. Arrojóse el arcediano sobre el brazo que levantaba el cuchillo, gritando:—*Quasimodo!* En aquel momento de amargura, olvidaba que Quasimodo era sordo.

En un abrir y cerrar de ojos, cayó á tierra el sacerdote, y sintió apoyarse sobre su pecho una rodilla de plomo. En la presión angulosa de aquella rodilla, reconoció á Quasimodo; pero qué podía hacer? cómo había de reconocerle? la noche hacía ciego al sordo.

Estaba perdido. La gitana, desapiadada como una pantera furiosa, no intervenía para salvarle. El puñal se acercaba á su cabeza; el momento era crítico, pero de pronto se paró su adversario como indeciso.—No caiga sangre sobre ella! dijo una voz sorda.

Aquella voz, en efecto, era la de Quasimodo.

Sintió entonces el sacerdote una ancha mano que le arrastraba por el pie fuera de la celda; allí debía morir. Afortunadamente para él, pocos minutos antes había salido la luna.

Luego que pasaron la puerta de la celda, cayó un pálido rayo sobre el rostro del arcediano. Quasimodo le miró de hito en hito, empezó á temblar, soltó al sacerdote y retrocedió.

La gitana, que se había asomado á la puerta, vió con sorpresa aquella mudanza de situaciones. Ahora el sacerdote era el que amenazaba, Quasimodo el que suplicaba.

El sacerdote, mientras descargaba sobre el sordo toda su cólera en furiosas reconvenciones, le hizo señal de que se retirara.

Bajó Quasimodo la cabeza, y fué á ponerse de rodi-

llas delante de la puerta de la gitana.—Señor, dijo con voz grave y resignada, haced después lo que queráis; pero matadme antes.

Esto diciendo, presentaba su puñal al sacerdote, y éste, fuera de sí, se abalanzó sobre aquella arma. Pero la gitana fué más ligera que él; arrancó el puñal de las manos de Quasimodo y soltó una carcajada con furor. —Acércate! dijo al sacerdote.

Y tenía el puñal levantado en alto. Don Claudio quedó indeciso; seguramente le hubiera herido.—Ya no osarás acercarte, cobarde! le gritó. Luego añadió con una expresión implacable, y segura de que iba á clavar mil puñales ardiendo en el corazón del sacerdote:—Ah! ya sé que Febo no ha muerto.

Derribó el arcediano á Quasimodo de una patada, y se internó bramando de rabia bajo la bóveda de la escalera.

Luego que se fué, recogió Quasimodo el silbato que acababa de salvar á la gitana.—Ya empezaba á enmohecerse, dijo desvolviéndosele; luego la dejó sola.

La gitana, trastornada por aquella violenta escena, cayó desalentada sobre su lecho, y se echó á llorar sollozando amargamente. Su horizonte volvía á cargarse de siniestras nubes.

El sacerdote por su parte, volvió andando á tientas á su celda.

Ya no había duda: don Claudio tenía celos de Quasimodo!

Y repitió con aire pensativo estas fatales palabras; —Nadie la poseerá!